www.alfaguara.com
Empieza a leer... Don de gentes

Elvira Lindo

Don de gentes

Para mi amigo Xavi Menós,
tan lleno de bondad y talento.

I. Berlanguiano y woodyallenesco

Vuelve el hombre

«Que síííí, que sí, que vi el último capítulo de *Los Soprano.*» Esto se lo respondo a dos lectores que, conociendo mi afición por la serie, me escribieron sorprendidos por que no haya dicho esta boca es mía al respecto. Me explico: ganas no me faltaron, pero una columnista, si es limpia y honrá, ha de estar pendiente de no repetir las columnas que escribieron otros columnistas, y el tema «último capítulo de *Los Soprano*» estaba megasobado. Por tanto, me contuve. Lo mismo me pasó con el «asunto Woody», para el cual, lo digo sin ánimo de lucro, tenía una crónica tremenda, chispeante, de las que hacen época, titulada «Bienvenido, Mr. Allen» (con todo lo que ese título implica), pero me la pisaron y muy bien pisada Diego Galán y Ramón de España. Dejando a un lado el que servidora tenga vergüenza torera e intente no escribir sobre un material sobeteado, me daba pavor escribir sobre el final de la serie porque tuve una amarga experiencia que me marcó hará tres años, cuando se estrenó *Match Point.* No sé cómo se me fue la olla y conté, cuando la película aún estaba en cartelera, que Scarlett Johansson muere. Como resultado, una fiel lectora de este periódico y fiel ex lectora mía me escribió una carta bomba: «¿Está contenta? Me paso la vida luchando contra esa gente que se empeña en contarte las películas de pe a pa, y ahora va usted, con sus manos limpias, y me jode una tarde de mi vida. Es usted una hija de puta. Yo la leía siempre. Hasta hoy». Con este precedente, ¿quién se atreve a hablar de finales? Porque todo parece indicar que el paso siguiente de esta lectora temperamental sería mandarme a casa unos

sicarios para que me volvieran la boca del revés. Así que yo calladita, como una perra. Eso sí, voy a introducir algunos conceptos que no tienen nada que ver con el argumento en sí. Tengo la teoría de que *Los Soprano* ha generado, en el inconsciente erótico colectivo, un nuevo ideal como objeto de deseo: el hombre grande, bisóntico, que vuelve a casa lleno de secretos y que tiene el miembro dispuesto a satisfacer a las mujeres del mundo, a la santa y a las churris; el hombre que lleva una pistola en el bolsillo; el hombre que se cree italiano, aunque nunca haya estado en Italia, pero ha conservado milagrosamente los gestos de sus abuelos y una nostalgia por no se sabe qué; el engullidor de pasta, de *canolis* (que son como los pionono granadinos, pero cinco veces más grandes); el hombre de modales rudos en la mesa; el que se pone la servilleta para que el tomate no le manche la camisa impecable; el que va a misa, le da un beso a su señora a la salida y se larga a echar un quiqui con una periquita; el que hace donaciones a organizaciones solidarias; el que, como decía el poeta argentino Raúl González Tuñón, cuando la madre se le muere, le pone luto a la guitarra. Esa clase de individuo, con semejante *sex-appeal,* se ha impuesto. Es un gusto que comparten el mundo gay y el femenino. El mundo gay ya había dado un paso adelante, instituyendo la categoría de oso como canon de belleza. Oso, mucho pelo, mucha carne, promesa de gruñido y de mordisco. Nada de mariconadas. Gandolfini era, pues, la materialización de ese ideal. La cosa es que las mujeres se han apuntado, y los Gandolfini que encuentras por la calle lo saben y actúan en consecuencia. El otro día andaba yo con una amiga en una cafetería del Village tomando una limonada, una cosa muy de señoritas. A nuestro lado, dos terneros gandolfinianos engullían *paninis* como si fueran cacahuetes. Un Gandolfini me dijo: «¿Lo que hablan ustedes es italiano?». «No, no —le dije yo—, español». «Ah —me dice el tipo—, es que yo soy italiano y creía que

ustedes hablaban italiano». Parece una conversación absurda, si no fuera porque una está ya acostumbrada: los descendientes de italianos están convencidos de que también lo son. Después de las presentaciones me cuentan que son policías, vamos, detectives, de narcóticos, y que en ese momento están de servicio. Y yo digo: ¡venga ya! Y uno de ellos, para demostrarme que no mentía, va, se levanta la camiseta y me enseña la pistola, la pistola metida entre el pantalón vaquero y la espalda. Luego nos da la tarjeta, por si tenemos algún problema o por si otro día queremos tomar otra limonada. Campana, se apellida el tío. Tony Campana. ¿No es extraordinario? Tony me dice que podemos quedar un día y que él me cuenta historias. Tony dice que una novela con su poco de amor (eso lo pongo yo) y su dosis detectivesca (él) siempre funciona. El otro Gandolfini interviene: «Yo también soy artista, a mi manera. Tony, enséñale lo que te hice». Y Tony, el detective Campana, sin hacerse de rogar, se levanta y se vuelve a subir la camiseta, dejando no sólo la pistola al aire (lo cual impresiona), sino un prodigioso tatuaje de un tigre que le ocupa casi toda la espalda. Otras tías en la mesa de al lado dicen: «¡Woooow!». Y ese «woooow» va por el tatuaje, por la pipa y por el mismo Campana, que tiene su punto, tan enorme, gandolfiniano, y que por ende está atravesando el mejor momento de su vida. Está de moda. Nos levantamos, y Campana nos pide el teléfono. Algo a lo que sólo se atreven en esta ciudad estos italianos falsos que defienden su derecho al morro como un factor genético. Recuerdo ese momento de *Uno de los nuestros,* cuando ella dice: «Cuando me enseñó la pistola me puse cachonda». Yo no comparto el gusto. A mí, cuando me enseñan una pistola no me entran más que ganas de correr (y no en el sentido reflexivo del verbo).

Secreto a voces

Voy hacia el teatro Español y llevo en el corazón un secreto. Hay pocas personas a las que se lo he contado porque quiero disfrutar de mi secreto sin que se vea enturbiado por el juicio ajeno. Lo he contado en casa, claro, donde se han sorprendido, pero no mucho porque saben que soy partidaria de meterme en líos. Se lo he contado también a Luis Landero porque ama el teatro y es partidario de que yo me meta en líos. Se lo he contado a Javier Cámara, que me dijo: estás loquita y te vas a cagar, ya verás, de gusto y de miedo. Se lo conté a Paco Valladares porque es el que me llevó a ver la función de *Black el Payaso*. Se lo conté a Félix de Azúa, que me dijo: suerte tú que aún puedes cambiar de profesión, aunque habrás visto que ya se te ha adelantado Vargas Llosa. Se lo dije a Empar Moliner y me contestó: tía, qué de puta madre. Se lo conté, por resumir, a los partidarios de ciertas travesuras. No quería que nadie me quitara la idea de la cabeza. Voy al teatro Español con mi secreto. Nerviosa, con una culebrilla que me cruza el estómago. Entro por la puerta de artistas, los porteros me saludan como si lo fuera y yo me siento como si lo fuera. Como si lo fuera subo a maquillarme, me siento en una de las butacas y las maquilladoras, como si fuera una más de la *troupe* que representa en el Español la zarzuela *Black el Payaso,* me empiezan a poner pasta blanca sobre la cara, a borrarme mis cejas y pintarme unas altas y negrísimas y una boca sonriente y roja. Dibujan sobre mi rostro dos lágrimas negras. Yo tarareo la canción de Black: «Yo soy un payaso sin patria ni hogar / que ríe la vida queriendo llorar». A mi lado se maquillan el jefe de pista diminuto,

la mujer barbuda, la princesa, los funambulistas, la equilibrista. Voy preguntándoles sobre sus vidas, como cuando era joven y pateaba Madrid como reportera y pensaba que el mundo estaba hecho para que yo lo viera. En el pasillo suenan las voces tremendas de los cantantes que calientan la voz, la sastra supervisa los trajes, las peluqueras nos ponen las pelucas. Es como si me hubiera colado en la rutina diaria de una familia en la que cada uno se amolda disciplinadamente al papel que le asignó el director. A veces cuentan cosas de su vida privada, pero parece que siempre hay una distancia entre lo que sucede fuera del teatro y lo que ocurre dentro. Este verano escribí un artículo en el que expresaba un raro deseo: formar parte de esta *troupe* de payasos que cantan el precioso musical de Sorozábal. Aquí estoy. Como ellos están locos, me han invitado; como yo estoy loca perdida, ando por los pasillos vestida de payasa y con el corazón latiéndome porque ya me toca salir a escena. El director, Nacho García, se ha disfrazado también para guiarme por el escenario y yo voy, como si fuera su delfín, haciendo lo que me va diciendo: «Ahora mira a la princesa con emoción, ahora cantaremos el himno de Orsonia». Me veo a mí misma, como si fuera otra persona, llevándome la mano al corazón y cantando con los coristas el himno patriótico de un país regido por un payaso. Un argumento que algunos entienden especialmente simbólico en un Sorozábal republicano que sufrió el castigo de la dictadura. Para mí, el argumento tiene la emoción del presente. En el mismo Madrid que vive estos días el espectacular aterrizaje de la película de más presupuesto del cine español, representada por unos actores que pertenecen a esa otra categoría brillante de los peliculeros, estos otros, los cantantes, la gente del circo y los figurantes de teatro, se afanan en el espectáculo de la emoción diaria del público, sin grandes atenciones mediáticas, pero esclavos de una profesión que atrapa al que la prueba. «No la puedo retener junto a mí —decía Antón Chéjov sobre su novia—, ha

probado el veneno del teatro». Hoy es la última representación, y la última siempre es rara: los músicos improvisan pequeñas gamberradas para hacer reír a los cantantes, el director de orquesta se disfraza de payaso, el director de la obra también. Yo siento, tal y como me avisaron, la presencia espectral del público, la respiración colectiva que sale del agujero negro de la cuarta pared. Sé que en la primera fila está la madre de los hermanos Gas, que no se pierde ni una sola de las representaciones de esta función en la que trabajan sus dos hijos. En algunos palcos están las familias de los cantantes y los músicos, esos músicos que tocan el violín disfrazados de payasos. Cuando entré en el teatro llevaba en mi corazón este secreto. En parte lo llevaba en secreto para disfrutar de la experiencia a mis anchas, pero también porque no sabía si estaba bien o mal lo que estaba haciendo, si era adecuado o lógico, si en el papel que me ha tocado desempeñar en la vida esto estaría bien visto. Pero después de pasarme unas tardes aquí, en el caserón de la plaza de Santa Ana, viendo la entrega al oficio que tiene toda esta gente que pertenece a la categoría antigua y rara de los cómicos, me da vergüenza haber sentido vergüenza. Por eso quiero contarlo. Eso es lo que pienso cuando las chicas del coro me cogen de las manos y me empujan para hacer la reverencia y saludar. Nada hay comparable a este aplauso. Nada. Cuando baja el telón, llega el momento del adiós. La familia se rompe. Todos se prometen una amistad que no siempre serán capaces de cumplir. Algunos empiezan a llorar. Y yo, como los niños que lloran cuando ven llorar a otro niño, también.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).